

EL AMOR A LA VERDAD COMO FUNDAMENTO METAFÍSICO DEL DIÁLOGO ENTRE SABERES

A lo largo de la historia del pensamiento, la razón humana se ha ocupado, no sólo de indagar la constitución más profunda de la realidad, la naturaleza íntima de las cosas, sino también de ordenar los conocimientos adquiridos en sistemas o estructuras coherentes. Este ordenamiento del saber ha sido habitualmente tarea del filósofo, que desde su condición de cultor de la sabiduría, se percibe depositario de dicha labor, recordando las palabras de Aristóteles: “Es propio del sabio ordenar”¹.

El orden del conocimiento humano no puede ser arbitrario, sino que obedece a criterios que cada pensador ha tratado de precisar y depurar. Y no se trata de una cuestión trivial; al contrario, resulta condicionante para el desarrollo de la investigación racional y también para el desenvolvimiento de la conducta práctica de las personas.

Por otra parte, la razón accede a la realidad bajo diversos enfoques y la expresa en diferentes registros, dando lugar a las variadas disciplinas científicas. De ahí surge la cuestión del diálogo y relación entre los saberes. Debemos encontrar para ello un fundamento sólido, que permita dar una dirección adecuada para la integración de los conocimientos, en orden al auténtico crecimiento en la conquista de la verdad.

En nuestro trabajo queremos señalar la existencia de una tendencia innata y pre-racional que puede llamarse “amor a la verdad” y que actúa como fundamento metafísico del diálogo entre saberes. Dicho amor a la verdad no es primariamente una actitud ética de honestidad intelectual (que por otra parte es absolutamente necesaria), sino la condición de posibilidad del intelecto humano como tendencia “ad-sistencial” a la verdad.

1. El modelo piramidal de relación entre saberes

Intentemos ante todo descubrir cuál es el modelo tomista de la relación entre los distintos saberes. No resulta difícil encontrarlo en una lectura atenta de algunos textos especialmente significativos.

La intuición “*sapientis est ordinare*” actúa como premisa para Santo Tomás en este tema. Ordenar significa dirigir las cosas hacia su fin: el dinamismo de la realidad no es

¹ Aristóteles, *Metafísica*, I, 2; cf Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles*, I, 1.

para el Aquinate ni un proceso mecánico, ni un movimiento aleatorio, sino el tender de los seres, en sí imperfectos, al fin que postula su naturaleza. Este fin es lo que llamamos el bien propio de cada cosa. Y es el fin el que determina cómo deben ser los medios. De diversos modos, esto se da análogamente en el caso de la naturaleza y de aquello que pertenece a la voluntad y albedrío humanos.

Este principio general se aplica al caso particular de las artes y las ciencias: hay entre ellas algunas que se refieren al fin, y por lo tanto actúan como rectoras de las demás, al menos en su orden propio. Escuchemos al mismo Santo Tomás:

“Omnium autem ordinatorum ad finem, gubernationis et ordinis regulam ex fine sumi necesse est: tunc enim unaquaeque res optime disponitur cum ad suum finem convenienter ordinatur; finis enim est bonum uniuscuiusque. Unde videmus in artibus unam alterius esse gubernativam et quasi principem, ad quam pertinet eius finis: sicut medicinalis ars pigmentariae principatur et eam ordinat, propter hoc quod sanitas, circa quam medicinalis versatur, finis est omnium pigmentorum, quae arte pigmentaria conficiuntur (...) Quae quidem artes aliis principantes architectonicae nominantur, quasi principales artes: unde et earum artifices, qui architectores vocantur, nomen sibi vindicant sapientum”².

Esto es en lo que se refiere a las disciplinas que armónicamente se disponen en orden a la consecución de fines particulares. Pero en cuanto al fin o Bien absoluto, nos dice:

“Nomen autem simpliciter sapientis illi soli reservatur cuius consideratio circa finem universi versatur, qui item est universitatis principium”³.

Y a este sabio, que considera el fin del universo, o el principio de todas las cosas, le corresponde ordenar y dirigir todos los demás saberes. Es el sabio en sentido propio (*simpliciter*). Santo Tomás no tiene reparo en rubricar esta disposición piramidal de los saberes con una analogía de orden político:

² Santo Tomás de Aquino, *Suma Contra Gentiles*, I, 1, 2.

³ *Ibidem*.

“Sicut docet Philosophus in “Politicis” suis, quando aliqua plura ordinantur ad unum, oportet unum eorum esse regulans, sive regens, et alia regulata, sive recta (...) Omnes autem scientiae et artes ordinantur in unum, scilicet ad hominis perfectionem, quae est eius beatitudo. Unde necesse est, quod una earum sit aliarum omnium rector, quae nomen sapientiae recte vindicat”⁴.

La conclusión es clara: la sabiduría es para Santo Tomás la “reina” de todos los saberes; es la encargada de dirigirlos, regularlos y conducirlos, puesto que ella atiende al fin de todos los fines o principio primero de todo. Ahora bien, surgen dos interrogantes: ¿con qué disciplina coincide esta “sabiduría”? ¿Y cómo ejerce su actividad rectora sobre las demás ciencias?

En cuanto a lo primero, en el mismo proemio del Comentario a la Metafísica de Aristóteles, ya citado, nos da la respuesta: es la que llamamos “ciencia divina”, “metafísica” o “filosofía primera”. Pero la misma filosofía se somete a la teología sobrenatural o ciencia de la fe, según lo expresa en la Suma Teológica de la siguiente manera:

“Cum ista scientia quantum ad aliquid sit speculativa, et quantum ad aliquid sit practica, omnes alias transcendit tam speculativas quam practicas. Specularum enim scientiarum una altera dignior dicitur, tum propter certitudinem, tum propter dignitatem materiae. Et quantum ad utrumque, haec scientia alias speculativas scientias excedit (...) Practicarum vero scientiarum illa dignior est, quae ad ulteriorem finem ordinatur (...) Finis autem huius doctrinae in quantum est practica, est beatitudo aeterna, ad quam sicut ad ultimum finem ordinantur omnes alii fines scientiarum practicarum. Unde manifestum est, secundum omnem modum, eam digniorem esse aliis”⁵.

En cuanto a la segunda pregunta, dos parecen ser las líneas de subordinación:

⁴ Santo Tomás de Aquino, *Com. in libros Metaphysicorum Aristotelis*, proemium.

⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, 1,5, c.; cf. II, 66, 5, ad 3; *In I Sententiarum*, Pról., q.1, a.1, c.

a) En primer lugar, la llamada “subalternación”, por la cual algunas ciencias inferiores reciben sus principios del orden superior del conocimiento. En efecto, hay ciencias que deducen sus conclusiones a partir de principios evidentes por sí mismos; en cambio, otras que deducen sus conclusiones a partir de principios que les son dados por la ciencia superior. Tal es el caso de la perspectiva respecto de la geometría o de la teología sobrenatural respecto de la ciencia de Dios y de los bienaventurados. En algunos casos estos principios son en sí mismos naturalezas separadas, y por lo tanto pueden ser enfocados bajo dos formalidades distintas: en sí mismos, o bien como principios de aquellas cosas que de ellos derivan⁶.

b) En segundo lugar, el “uso” que la ciencia superior hace de los datos de la ciencia inferior. En el caso concreto de la teología, ésta se erige en máxima sabiduría, y la filosofía humana le sirve (*deservit*), pero ello implica justamente el uso de sus datos y principios, así como la misma filosofía utiliza los datos de todas las ciencias para probar sus enunciados⁷.

En conclusión, para Santo Tomás de Aquino la totalidad del saber humano se estructura de modo piramidal en una jerarquía en que la teología (y la metafísica en el orden natural) tienen el sumo grado, en tanto que las demás ciencias y artes se subordinan a ellas.

2. Inadecuación actual del modelo piramidal

Múltiples factores denotan hoy la inadecuación de este modelo piramidal.

En primer lugar, las ciencias no se conciben, de ninguna forma, dependientes de la metafísica. El descrédito de la metafísica comienza en los albores de la Edad Moderna, y llega a plenitud con la ideología positivista del S. XIX. Para ésta, la mentalidad científica ha de ser antimetafísica y antiteológica. Si bien es cierto que las crisis de la ciencia, experimentadas en el S. XX, tienen como consecuencia positiva una cierta apertura a la filosofía como búsqueda del sentido, sin embargo no hay ya una relación de subordinación. Una ojeada a la epistemología contemporánea nos muestra más bien una influencia circular, recíproca, de la ciencia sobre la filosofía, en un entramado de complejas relaciones que no siempre es fácil de dilucidar.

⁶ Cf Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, 1, 2, c; *In Boethii De Trinitate*, q. 5, a. 4, c.

⁷ Cf Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles* II, 4, 5: “Prima philosophia utitur omnium scientiarum documentis ad suum propositum ostendendum.”

Por otra parte, la teología misma ha conocido todo un proceso de replanteo en el S. XX, especialmente desde el Concilio Vaticano II, en el que uno de los factores de cambio ha sido precisamente la sentida necesidad de dar mayor cabida a los conocimientos científicos de diversa índole, sin que resulte fácil encontrar el modo y la medida adecuada para ello⁸.

Además, la epistemología contemporánea ha propuesto con Kuhn el concepto de paradigma. Más allá de las discusiones que esto ha provocado en el campo filosófico, se abre paso la idea de que los paradigmas son inconmensurables, con lo que la verdad se hace bastante dependiente de la óptica con que se la aborde y el diálogo entre saberes se torna una tarea difícil de encaminar.

Las mismas ciencias se encuentran muchas veces en procesos de evolución y transformación en los que los resultados guardan una gran provisionalidad e impiden sentar bases firmes para el diálogo.

De todos modos, es la mentalidad pluralista que hoy impera la que hace que las antiguas sabidurías (metafísica, teología), a lo sumo sean una propuesta más dentro de la variadísima oferta intelectual contemporánea, sin ejercer ese papel rector que Santo Tomás les reconocía⁹.

3. Amor a la verdad como fundamento del diálogo

Parece, pues, que nos encontramos ante un doble problema: 1) el modelo tomista de relación entre teología, filosofía y ciencias es hoy radicalmente inadecuado; 2) resulta difícil encontrar otro modelo estable que sustente esta relación y permita el diálogo entre saberes, en orden a la integración de los mismos. Sin embargo, hay una línea de solución que apunta a ambos problemas.

La clave radica, a nuestro entender, en re-encontrar aquello que para Santo Tomás se halla presente en toda actividad cognoscitiva: ese “*lumen naturale*” que accede bajo diversos prismas a la multifacética manifestación de la verdad. En principio, se trata de la razón, que, en cuanto facultad natural, es algo a lo que todos deben asentir. Es cierto que Santo Tomás parece entender ese recurso a la razón como el medio para convencer

⁸ Cf Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et Ratio*, n. 69.

⁹ Cf análogamente la inconveniencia del uso de la expresión “*philosophia ancilla theologiae*” según *Fides et Ratio*, n. 77.

a los no cristianos de las verdades fundamentales¹⁰. Sin embargo, de hecho, buena parte de su obra, incluso la teológica, tiene como trasfondo un amplísimo diálogo con filósofos paganos, árabes y judíos.

Empero, no es la mera razón el instrumento del diálogo. Ella sola se encuentra en un nivel todavía poco profundo para fundar esa capacidad de comprensión recíproca entre los saberes, pues su capacidad dialéctica, de hecho, muchas veces sirve más para alejar que para acercar las posiciones. Es más bien el **amor a la verdad**, entendido, no como mera actitud ética, sino como inclinación natural profunda, lo que me permite entablar un diálogo con cualquier búsqueda humana, por más que objetivamente se encuentre lejos de la verdad.

Para comprender esto, es preciso reformular nuestro modo de concebir la facultad intelectual, apartándonos en esto un tanto del mismo Santo Tomás.

Según la conocida metáfora, la inteligencia sería una “*tabula rasa*” en la que nada está escrito. Esta afirmación es válida contra un cierto innatismo que nos llevaría al subjetivismo y al racionalismo; sin embargo, es radicalmente insuficiente. Si ella expresara la verdad primaria de nuestra capacidad de conocer, resultaría que los seres humanos sólo coincidimos en la nada originaria de un intelecto vacío (o a lo sumo en la captación de los primeros principios indiscutibles), y nos vamos alejando en la medida en que cada uno de nosotros realiza su propio camino en búsqueda de la verdad. Y si bien ésta, al ser alcanzada en su multifacética realidad, aproxima las posiciones de los que la buscan, dicha aproximación como base del diálogo interdisciplinar resulta un tanto coyuntural y azarosa. Pues si bien la verdad no puede oponerse a la verdad, es cierto que las verdades parciales muchas veces aparecen enfrentadas. Y las verdades más plenas, que ayudarían a lograr más acabadamente ese acercamiento, son alcanzadas sólo de manera refleja y muchas veces oscura, debido a los mismos límites de la razón.

Hay otro enfoque posible de la condición inicial del hombre frente a la verdad, que se basa en el descubrimiento de una intuición originaria, pre-intelectual: el alma se capta a sí misma como tensión a lo otro. Dicha intuición podría expresarse como “*amo, ergo sum*”¹¹, puesto que el ser humano puede percibirse atemáticamente como “*esse ad*”, en una transparencia de su misma realidad. Descubrimos así que cada ser humano es una estructura óptica definida por su tendencialidad, aún antes de que ésta sea conscientemente asumida. Esta intuición originaria de la propia inclinación al amor

¹⁰ Cf Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles* I, 2, 4.

¹¹ Cf Aybar, B. *La ontología del alma*. Tucumán, 1966, p. 5.

nada tiene de concesión al subjetivismo, pues es radical y por lo mismo anterior a la dualidad “sujeto-objeto” que es establecida por la reflexión de la razón. Dicha tendencialidad fontal es, según mi parecer, la raíz última de las “inclinaciones naturales” de las que Santo Tomás habla como semillas de todas las virtudes, y entre las que se encuentra la inclinación natural a la verdad¹².

En efecto, el ser humano es radicalmente “ad-sistencial”; en todo ser humano hay un impulso originario que se dirige, entre otros objetos, a la “verdad primordial” como develamiento del ser, que se halla en un nivel mucho más profundo que las “verdades segundas” obtenidas mediante la función dialéctica y discursiva de la razón humana.

De esa tendencia a la verdad brota la actitud ética de amor a la verdad u honestidad intelectual, que es imprescindible para todo diálogo entre saberes. Sin embargo, no es esta honestidad la condición última de la posibilidad de dicho diálogo. Dicha condición de posibilidad está puesta en la tendencialidad fontal. Por ello, podemos decir que todo camino humano de conocimiento brota de la misma fuente: hay un “ir hacia”, un *ad* que tiende a la verdad que se devela invitando a su conquista¹³.

El ser humano es entonces, constitutivamente, amor de la verdad. El espíritu no es una naturaleza estática, meramente pasiva y receptora, sino un “*esse ad*”, una relacionalidad esencial, un dinamismo interior tan radical que no puede ser anulado, aunque sí pueda ser despojado de su autenticidad en el nivel ético por las opciones libres del sujeto. Dicho dinamismo se dirige a la verdad primordial aun en contra de la voluntad del sujeto; con lo cual sólo en él puede hallarse el fundamento irreductible de todo diálogo entre saberes. Es evidente, sin embargo, que la autenticidad, la no distorsión de esta tendencia fundamental es condición *sine qua non* para que el diálogo resulte fecundo y no un mero ejercicio retórico o una componenda de intereses.

A veces podemos pensar, como premisa del diálogo, que en toda falsedad algo de verdad tiene que haber; y ello es cierto, pero es preciso no entender ese “algo de verdad” como un mero jirón desgarrado de la verdad plena (visión objetiva), sino como una *intuición* dependiente de aquella intuición originaria, un destello de la autenticidad más honda de la persona que está metafísica e irremediabilmente destinada a la verdad plena y perfecta.

Con lo dicho estimo que pueden responderse los interrogantes que hemos planteado.

¹² Cf Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q. 94, a. 2, c.

¹³ Cf la concepción del alma como “aliquid quod natum sit convenire cum omni ente”: Santo Tomás de Aquino, *Quaestiones Disputatae De Veritate*, q. 1, a.1, c.

En primer lugar, si bien es cierto que el modelo jerárquico de relación entre saberes no se puede mantener en la actual coyuntura histórica, por otro lado debemos afirmar que la tendencialidad fontal a la verdad, en la medida en que su dirección y su potencia permanezcan auténticas, llevará siempre a la búsqueda de las verdades más plenas. Ello marcará sin duda una consideración respetuosa por parte del científico respecto de las perspectivas que le abran la filosofía, y, sobre todo si es creyente, también la revelación sobrenatural y la teología, sin que por ello deba renunciar a la legítima autonomía de su saber en el ámbito que le es propio. Afortunadamente, cuando se superan los prejuicios de los siglos anteriores, se puede encontrar ejemplos concretos de hombres de ciencia contemporáneos que manifiestan esa apertura. Y por el contrario, aun cuando hubiera discrepancias de fondo, no sería posible apagar la llama del impulso originario a la verdad primordial. Todo lo cual quiere decir que, aunque no se pueda conservar *objetivamente* el modelo piramidal de la relación entre los diversos saberes, sin embargo, permanece plenamente vigente su intuición más profunda, que apunta a la jerarquía de las verdades y a la “llamada” que las verdades más elevadas dirigen al existente. Por eso, cuando el científico, llevado por el mismo dinamismo de su espíritu, comienza a indagar parcelas más hondas de la verdad, se encuentra en condiciones de entablar un diálogo fecundo con las disciplinas sapienciales. En tanto que éstas, sin estar pendientes de los resultados particulares de cada ciencia, pueden sin embargo valerse de las intuiciones más profundas que se escondan detrás de dichos resultados.

En segundo lugar, y por lo mismo que veníamos diciendo, el diálogo resultará posible, no tanto entre saberes, como entre personas existencialmente comprometidas con la verdad, que desde la base común de su originario “*esse ad veritatem*”, rectamente mantenido, irán alcanzando intersubjetivamente las nuevas síntesis cada vez más complejas que exigen las actuales circunstancias históricas en todos los ámbitos¹⁴.

De lo dicho surge como corolario que la tarea del diálogo entre saberes es hoy más que nunca un cometido ético. Entendido éste como el esfuerzo personal (aunque sostenido por lo comunitario) de mantener la autenticidad de las direcciones ontológicas fundamentales, y señaladamente, de la tendencia fontal a la verdad.

En conclusión, el amor atemático de la verdad, la condición “ad-sistencial” del existente humano, es la raíz última de todo diálogo que quiera ser crecimiento en la conquista, hoy irrenunciablemente intersubjetiva, de una verdad cada vez más plena.

¹⁴ Cf Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 5.

El amor a la verdad como fundamento metafísico del diálogo entre saberes

El trabajo considera la insoslayable necesidad del diálogo y coordinación entre los distintos saberes. Señala el esquema utilizado por Santo Tomás para establecer dicha relación, que es un modelo piramidal: las ciencias empíricas se subordinan a la filosofía y éstas a la teología, que es el saber que rige o gobierna a todos los demás. Dicho esquema resulta inadecuado en el contexto pluralista actual. Se propone entonces recuperar el diálogo entre saberes desde la tendencia ad-sistencial (o amor) a la verdad propia de todo ser humano. Esta tendencia es absolutamente pre-racional, y le lleva a un compromiso con la verdad, incluso con las verdades más elevadas. Para que esto sea posible, sin embargo, es necesario conservar la rectitud de la dirección ontológica fundamental y es por ello que la tarea de la búsqueda de la verdad es un cometido ético.

Amadeo José Tonello, nacido el 2-11-1970 en S.F. del V. de Catamarca, Argentina. Cursó estudios filosóficos y teológicos en el Seminario Mayor Arquidiocesano de Tucumán entre 1989 y 1995. Fue ordenado sacerdote el 11-10-1996. Actualmente es párroco de la Parroquia Santísimo Sacramento (San Miguel de Tucumán), decano del decanato n° 7 de la Arquidiócesis de Tucumán y capellán del Hospital del Niño Jesús. Estudios superiores: Bachiller Universitario en Filosofía por la UNSTA (2002) y Licenciado en Filosofía por la misma casa de estudios (2003). Actividad académica: profesor de Psicología en el Colegio Sagrado Corazón (Tucumán) entre 1997-1998. Profesor de Filosofía en la misma casa entre 1997-2000. Profesor en el Seminario Mayor Arquidiocesano de Tucumán en las asignaturas Teología Natural (2001-2004) y Epistemología (2003-2004). Participó en el Primer Encuentro de Tesistas de Licenciatura de Filosofía (Buenos Aires, 2003) con la ponencia: “La filosofía de Benjamín Aybar como soporte metafísico de la doctrina de las inclinaciones naturales”. Dirección electrónica: ajtonello@yahoo.com.ar